

Chaplin en tiempos posmodernos

Con la caída del muro de Berlín, el capitalismo se globaliza produciendo transformaciones radicales en los modos de vida. Los célebres estados de bienestar europeos desaparecen en virtud de un apogeo neoliberal a escala global.

Si el *capitalismo tradicional* posibilitaba experiencias laborales de largo plazo, garantizando el acceso a obras sociales, jubilaciones y protección sindical, dando lugar a la construcción de identidades sólidas y a experiencias duraderas, el capitalismo actual, en cambio, es un *capitalismo flexible*, que pone cada vez más obstáculos a la estabilidad psicológica y económica; en este marco, los “trabajos de por vida” están en peligro de extinción.

Esta flexibilidad, en su aparente libertad, puede producir miedo y ansiedad, dificultando así la producción de un relato sostenible sobre la propia identidad. La percepción del tiempo se ve completamente modificada, en la medida en que los ritmos se aceleran y los reposos se acortan. Se torna necesaria una cierta estabilidad temporal que nos proteja.

En el capitalismo flexible, la rutina tiene mala prensa. La cultura del riesgo es devoradora, en la medida en que rechaza el largo plazo y pretende resultados inmediatos. Sin embargo, la postergación de la gratificación resulta indispensable para sentir calma y confianza: la espera es un acto de humildad que nos protege de la incertidumbre.

Hoy en día, muchxs jóvenes emprendedorxs se creen o se autoperciben como arriesgadxs. Y peor: creen que eligen ser arriesgadxs. No son conscientes de que su peculiar estilo de vida está absolutamente condicionado por un tejido social que los antecede: nadie está más influido y moldeado

Oliverio Gioffré

Estudiante de Filosofía (FFyL, UBA)
oliveriogioffre@yahoo.com.ar

por la sociedad que el presunto *self-made-man*. Pero esta creencia en una supuesta libertad individual tiene ciertas consecuencias políticas, pues genera un sentimiento de autoimportancia que se traduce en un radical desprecio por los demás.

Por un lado, ya que se presume que lxs marginadxs se merecen su situación y deben autorresponsabilizarse por su fracaso, sería necesario achicar la intervención del Estado en materia social: en ese sentido, el neoliberalismo rechaza al Estado. Por otro, ya que lxs marginadxs representarían una amenaza, sería necesario agrandar la intervención del Estado, afianzando un modelo punitivo y castigador: de ese modo, el neoliberalismo glorifica al Estado.

En este marco, la *libertad individual* tiene como correlato la *desigualdad social*. No puede haber “Chicago boys” (aquel grupo de economistas encabezados por Milton Friedman, uno de los grandes defensores de la autorregulación del mercado) sin “New York boys” (encabezados por Rudolph Giuliani, uno de los padres de las políticas de tolerancia cero). No hay un interés, en este nuevo modelo, por combatir las causas profundas de la delincuencia (miseria, hambre, discriminación, humillación, desempleo), sino que solo se pone el foco en la superficie. En términos de Wacquant, la *mano invisible* del mercado se une al *puño de hierro* del aparato penal.

Pero, así como con la pandemia crecen la pobreza y la marginación al interior de las fronteras nacionales, también crece la desigualdad entre los países autodenominados del “primer mundo” y los del “tercer mundo”.

En la esfera local, hoy las personas que teletrabajan solo pueden hacerlo gracias a las personas que están en la calle, produciendo los servicios esenciales y expuestas al contagio.

Pero en la esfera global, la lógica de trabajo rutinario y repetitivo no ha desaparecido, sino que se ha desplazado, aunque sin las protecciones sociales de un Estado de bienestar: de los países primermundistas a los tercermundistas. Hay quienes hablan, eurocéntricamente, de una sociedad que ha pasado de la explotación a la autoexplotación; pero en realidad, las lógicas explotadoras se dan ahora en los países periféricos.

La *brecha digital* y la desigualdad en relación al capital tecnológico pueden resultar un problema crucial. A nivel local, nacer en una familia con el poder adquisitivo suficiente para tener una computadora marca la diferencia; pero a nivel global, nacer en un país africano o latinoamericano es sin duda desventajoso en relación a haber nacido en un país del norte europeo. No solo al interior de las fronteras nacionales, sino incluso a escala global,

enfrentar esta desigualdad será fundamental para determinar quiénes podrán teletrabajar y quiénes seguirán condenados a ser mano de obra barata.

Hoy, la flexibilidad es funcional al *statu quo*. El viejo darwinismo social, basado en la competitividad y en el sentimiento del otro como amenaza, reaparece de modos más sutiles. Aunque parezca increíble, en nuestro avanzado e idealizado siglo XXI todavía no vivimos, sino que sobrevivimos: se torna necesaria una *estabilidad* que nos permita sabernos protegidos.

En un mundo atravesado por una pandemia, el problema del desempleo se torna cada vez más grave: se hace indispensable pensar el trabajo como un derecho y no como un privilegio. Pero, a la vez, en un mundo en el que el ocio se torna imposible, se hace indispensable pensarlo como un derecho, y no como un privilegio: sobre todo, en relación al auge del teletrabajo.

La empresa flexible no tiene una estructura piramidal o jerárquica; su estructura es más bien la de una red. En este sentido, está de moda la idea del trabajo empresarial horizontal y en "equipo". Este tipo de empresa ya no sigue una lógica fordista, es decir, rutinaria y repetitiva, a la manera de *Tiempos modernos* de Chaplin: su lógica es más bien la de la imprevisibilidad. En el caso del teletrabajo, esa imprevisibilidad se traduce en una dificultad a la hora de delimitar fijamente la jornada laboral. Si bien la rutina del personaje de Chaplin era claramente alienante, es seguro que no era estresante. El estrés es una característica más bien típica del capitalismo neoliberal, en la medida en que el aburrimiento rutinario cede ante la incertidumbre existencial.

El horario flexible reemplaza cada vez más a los turnos fijos. En apariencia, esto supone una emancipación frente a la *tiranía del reloj*; pero en el fondo, es una derrota frente a la *tiranía del trabajo*. El trabajo rutinario, monótono y repetitivo era, sin duda, ingrato y poco estimulante; pero posibilitaba un reposo. Hoy en día, el fin de semana ya no se presenta necesariamente como un momento de descanso: hay una indefinición entre el tiempo de trabajo y el tiempo libre. El problema es que esa indefinición no es equilibrada, pues el tiempo de trabajo es claramente superior al de ocio. Y todavía peor, es el hecho de que muchas personas, en su tiempo de ocio, no pueden dejar de pensar en el trabajo; incluso hay personas que trabajan mientras comen, y hasta mientras duermen.

La *movilidad digital* se distingue de la *inmovilidad de la fábrica*. Cuando Chaplin se iba de la fábrica, se iba del trabajo. Pero la movilidad digital permite que se pueda trabajar todo el tiempo y en todos lados. Este es el peligro, sin duda, del teletrabajo: uno cree que es libre, porque puede trabajar sin la necesidad de ir a una oficina, o porque puede trabajar en bata, desde

su casa, y en el horario que quiera; pero unx puede volverse esclavx, en la medida en que todo tiempo se torne *tiempo de trabajo*.

Hoy el poder se puede ejercer más eficazmente sin un centro de poder. Una fábrica, por ejemplo, es un centro de poder, que aglutina a lxs empleadx en un mismo espacio y en un mismo tiempo. El teletrabajo, en cambio, descentraliza el ejercicio del poder, en la medida en que cada empleadx trabaja desde su casa y, muchas veces, sin un turno fijo. La paradoja es que la *descentralización del poder* da lugar a una *mayor concentración de poder*. Al disolverse la “clase trabajadora” en un conjunto de individuos atómicos aislados y desconectados, la resistencia se torna cada vez más difícil: he allí el éxito neoliberal.

Simultáneamente, el pensamiento meritocrático se ha vuelto tan eficaz, que incluso los sectores marginados obedecen a él. Cada cual se autorresponsabiliza por su fracaso, y no se genera ningún sentimiento de *unidad*. No se resiste a la dominación; se la sufre pasivamente. La “violencia simbólica”, en este caso, tiene que ver con la complicidad del oprimidx en el dominio del opresxr. Hoy se nos estimula, desde los sectores dominantes, al individualismo y al “sálvese quien pueda”. Pero si lxs oprimidxs actúan de forma egoísta, en vez de agruparse en una sociabilidad que resista a través de valores solidarios, se condenan. He aquí la “eficacia simbólica” del neoliberalismo: convertir al proletariado en precariado, a la “clase trabajadora” y al “pueblo” en un conjunto de individux aisladx y desconectadx (mientras se habla de trabajo “en equipo”).

Frente a la pandemia, resta esperar para saber si aprenderemos una lección importante: la *salud* es primordial y, en ese sentido, debe producirse un urgente cambio de paradigma, que posibilite una mayor intervención del Estado en el ámbito sanitario. Países como Estados Unidos, que invierten grandes cantidades de dinero en armamento, dejan la salud a cargo de la iniciativa privada: la unión entre la mano invisible y el puño de hierro no es otra cosa que poner a la muerte por encima de la vida.

Al mismo tiempo, la *educación* es y será un factor fundamental. El capitalismo flexible trae una consecuencia para la escuela que resulta evidente: la desigualdad en relación al “capital cultural”. Para lxs niñxs, ver a su madre o a su padre desempleadx no es algo menor. Al mismo tiempo, ver a su madre o a su padre empleadx pero sin tiempo para darles contención, tampoco es menor. La familia y el trabajo flexible parecieran ser incompatibles.

La escuela, en este marco, debe aportar las condiciones para producir un yo sustentable, una narración duradera. Debe estimular a lxs alumnx a

tener proyectos de largo plazo. En una cultura hiperveloz que adora lo inmediato, lxs docentes deben enseñar a tolerar la frustración y a postergar la gratificación. Pero, sobre todo, deben acompañar al individuo para quebrar la soledad en que se encuentra, deben correrlo de toda autoagresividad y situarlo en el marco de una sociabilidad que lo proteja.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (1988). *Los tres estados del capital cultural*. México, Sociológica, UAM-Azcapotzalco.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Han, B.-C. (2014). *En el enjambre*. Barcelona, Herder.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Barcelona, Anagrama.
- Wacquant, L. (2000). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires, Manantial.